

ARCHIVO FILOSÓFICO ARGENTINO



CENTRO DE ESTUDIOS FILOSÓFICOS

EUGENIO PUCCIARELLI

ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS DE BUENOS AIRES



HOMENAJE A ADOLFO CARPIO: PRESENCIA DEL MAESTRO

Rubén Vasconi

Voy a referirme a mi relación con el Dr. Adolfo Carpio durante los años en que fue profesor en la hoy llamada Facultad de Humanidades y Artes de la UNR.

Carpio llegó a Rosario hacia 1958. En ese entonces yo ya trabajaba en la, por aquella época llamada Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación, pero la Sección Ciencias de la Educación funcionaba en la ciudad de Paraná. En

consecuencia, por aquellos años mi contacto de él fue ocasional y esporádico.

Una relación más estrecha se inició cuando en 1965 me presenté y gané un concurso de Prof. Adjunto en Introducción a la Filosofía, cátedra en la cual Carpio ejercía la titularidad.

Debo confesar que participé de ese concurso con mucho temor. Carpio tenía la imagen de un hombre terrible. Después me di cuenta de que, en buena medida, era una máscara de esas que con frecuencia usamos para movernos en el mundo.

Pero, de todas maneras, había entre los dos una diferencia de estilo muy profunda. Todos hemos conocido a Carpio por sus clases y sus escritos: analítico, erudito, fielmente ajustado al texto que exponía. Yo, en cambio, me había formado en un clima bergsonianos y de Bergson, según lo interpretábamos, habíamos aprendido que la verdad de un autor no está en sus palabras sino en una intuición secreta e inefable que el pensador se debate por llevar a la expresión, intuición a la que sólo se accede por un esfuerzo de simpatía, más aún, de identificación vivida.

Parecía entonces haber una diferencia abismal: o la verdad está en el texto o la verdad está más allá del texto. Hasta era posible que, a veces, la verdad existiese contra el texto. De allí mi tentación de pasar por encima del texto, de olvidarlo, leyéndolo ligeramente, para instalarme más allá de las palabras. Se iba configurando así una pendiente que podía fácilmente conducirme a la superficialidad y hasta a la arbitrariedad de una interpretación irresponsable.

Esta diferencia de estilo no impedía que hubiese entre nosotros una relación amistosa y una profunda confianza. En la tensión creo que se generaba un buen equipo. Lo que Adolfo exponía con rigor y cara seria yo lo presentaba más fácil y sonrientemente. Él desarrollaba la clase con el texto en la mano, lo leía en su lengua original y luego lo traducía y explicaba escrupulosamente.

Yo solía utilizar otro método. Llegaba con alguna tarjeta de guía en la mano y comenzaba mi clase diciendo: “Yo hoy me llamo Renato Descartes (o Aristóteles o Kart Marx) y sentí, cuando salí de la escuela que estaba lleno de dudas y entonces

pensé que....” Y terminaba el tema preguntando: “Tienen alguna objeción que hacer a lo que yo pienso”. Se esperaba que después de esta exposición, que apuntaba a hacer revivir al pensador, los alumnos ajustaran lo aprendido consultando los textos y la bibliografía recomendada. Pero eso debía ser su trabajo personal.

Esta diferencia de estilo generó, en algunos momentos, situaciones que llamaría enojosas. Recuerdo, cuando estaba redactando “Principios de Filosofía” y me iba entregando los manuscritos para después discutirlos, algo que ocurrió con Hume. Había en este autor dos problemas: uno de carácter psicológico, el del origen de las ideas y otro de carácter crítico-epistemológico, referente al valor de verdad de nuestras ideas. Pero ambos problemas, en la exposición de Hume, son difíciles de distinguir. Me comentó la dificultad y le contesté que todo se aclaraba si decíamos que si bien todas nuestras ideas derivan de una impresión (origen) no a todas les corresponde una impresión (valor). Distinguiendo entre derivar de y corresponder a se aclaraba todo el texto de Hume. Me pareció que le gustó la idea.

A la semana siguiente nos encontramos y me comentó que había releído todo Hume y no había encontrado esta distinción entre derivar de y corresponder a.

Naturalmente le contesté que Hume no lo decía pero que de ese modo se podía comprender mejor la propuesta de Hume. No dijo nada pero jamás olvidaré la expresión enigmática de su rostro: odio, desprecio, sorpresa, nunca lo sabré.

Pero no todo era diferencia. Yo admiraba mucho su prolijidad. Carpio me enseñó – no sé hasta donde lo he aprendido- a leer, como él decía, citando a Nietzsche, “con la punta de los dedos”, a permanecer todo el tiempo posible en el texto, a buscar, ante todo en las palabras, la verdad de un pensador.

Pero me preguntaba: esta devoción al texto, ¿no podría conducirlo a ser un discípulo fiel en el sentido de aquéllos que, pegados al autor admirado, no hacen sino repetirlo servilmente? ¿No generaría esta actitud de sujeción al texto una atención puramente filológica que asfixiaría el pensar y haría imposible la filosofía?

Sin embargo, no ha sido ése el caso de Carpio y esto se ve claramente si

consideramos su concepción de la verdad y de la naturaleza de la reflexión filosófica. Hay una idea que se repite casi idéntica en sus principales escritos. Cierra como Epílogo sus *Principios de Filosofía*. Reaparece en el último capítulo de su tesis doctoral sobre *El sentido de la Historia de la Filosofía*. La retoma en una importante conferencia de 1991 *La metafísica como libertad y sentido*, dictada en esta Academia Nacional de Ciencias con motivo de su incorporación como miembro correspondiente.

Sin duda, una idea reiteradamente presente no puede menos de constituir una profunda convicción de su autor.

Se preguntaba Carpio en estos escritos: ¿tienen solución los problemas filosóficos? Y respondía: "...con el término 'solución' pueden entenderse tres cosas bastantes diferentes y que conviene distinguir con pulcritud: 'solución' puede significar 'disolución', 'absolución', o 'resolución'.

Aclaremos estos términos. En general, el pensamiento matemático, para tomar el ejemplo más claro, 'disuelve' sus problemas. Teníamos un problema, realizamos el cálculo conforme a las reglas del caso y obtenemos una solución: el problema ha desaparecido, ha sido disuelto.

La absolución, por su parte, consiste en sacarnos el problema de encima, nos descargamos de él o se lo pasamos a otro. Así nos absuelve el confesor de nuestros pecados, nos quita su carga. Del mismo modo ha solucionado también la Filosofía muchos de sus problemas descargándose de ellos y pasándolos a otros. Ya, como filósofos, no nos preocupan las órbitas de los planetas; hemos pasado el problema a la astronomía. La solución hallada por el filósofo ha sido, en este caso, obtener la absolución. La cuestión ya no nos incumbe, no cargamos más con ella.

Pero las cuestiones de que se ocupa la Filosofía nos tocan tan "dentro" de nosotros, hasta tal punto nos interesan (inter-esse, como decía Carpio) nos comprometen tan profundamente que no podemos ser absueltos de estos problemas.

Tampoco, como habíamos visto, podemos disolverlos. La disolución sólo se puede llevar a cabo con cuestiones objetivas, mientras que las filosóficas nos incumben de tal modo que no podemos separarlas de nosotros mismos. A la explicación clara de esta imposibilidad están dedicados los últimos capítulos de *El sentido de la historia de la Filosofía*.

Entonces, si respecto de los problemas filosóficos no cabe ni la absolución ni la disolución, ¿qué nos queda? Tan sólo la resolución. Desde nuestra finitud no podemos sino “apostar”, asumir una “actitud” –siempre provisoria, siempre cuestionable-, realizar el salto de la libertad que tiene como *terminus ad quem* lo otro del ente, el horizonte de todo ente, el ser.

Nacida la Filosofía de un acto de libertad, se distancia de la ciencia y se acerca al ámbito del arte y de la creación poética, y también por eso la pluranimidad y no la unanimidad son esenciales a la verdad filosófica.

Pero ahora, volviendo al principio: si la filosofía es resolución y libertad, ¿para qué leer cuidadosamente a los grandes pensadores? ¿No sería suficiente, para filosofar, una vigorosa libertad que resuelve?

Toda la vida de Carpio como docente constituye una respuesta a esta pregunta. La resume en sus propias palabras: “... el pensar libre y responsable (ahora se agrega responsable) no es nada que pueda lograrse ‘en el aire’ según pretende una pedagogía ingenua y a la vez peligrosa ... en filosofía como en la ciencia o el arte, tal manera de encarar las cosas no puede desembocar sino en la improvisación, en la irresponsabilidad, en el dislate...” (*Principios de Filosofía*, p. XI)

La lectura atenta y respetuosa de los grandes modelos no es impedimento sino el verdadero alimento del pensar filosófico, como sobradamente nos lo muestran los grandes creadores, formados todos en una tradición y generando nuevos pensamientos en un libre diálogo con esa tradición.

El conocimiento serio de la Historia de la Filosofía (la Ciencia de la Filosofía, como la llamaba Carpio) constituye el único camino que puede conducirnos, si hemos

recibido la gracia del genio, a la creación filosófica verdadera y original.

Y si no hemos recibido esa gracia, al menos, como el que no pudiendo pintar goza con las obras que otros han realizado, el conocimiento serio y profundo de los grandes pensadores, nos hará experimentar esa felicidad que nace de la admiración ante las maravillas que es capaz de crear el espíritu humano.

Esta ha sido para mí una enseñanza profunda y duradera. Pero hay algo que me afecta más íntimamente.

Carpio se ha convertido para mí en una presencia que no me abandona. Cuando escribo o digo algo, se lo muestro para ver que opina. Lo más a menudo, no le gusta. Entonces lo corrijo un poco. Así seguimos ese diálogo, a veces un poco tenso, que se inició cuando éramos compañeros de trabajo. Así me peleó amistosamente con él.

Aquellos que hemos apreciado de corazón están más vivos y más cerca nuestro después que han muerto. Su realidad, ahora omnipresente, se ha esenciado, se ha librado de la finitud de carne y la contingencia de la cotidianidad. Y en este caso y para mí, Adolfo se ha convertido en el tábano socrático que permanentemente me impide reposar tranquilo en lo que yo soy.